

DE ESTRUCTURAS Y PROCESOS A IDENTIDADES Y MEMORIAS*

Santos Juliá

Cuando terminaba el siglo XX, todo el mundo hablaba de crisis: ese era el diagnóstico de la situación, que la historia estaba en crisis. Algunos la daban por terminal y anunciaban su fin: el fin de la historia. Otros, menos dramáticamente, proponían giros y retornos, o hablaban de la irrupción de una nueva historia: *turn* o *tournant*, *new history* o *nouvelle histoire* eran las consignas. Lo viejo, lo que estaba en crisis era la concepción de la historia como ciencia de la sociedad, de sus estructuras, y de los grandes procesos sociales, de sus cambios. Estructura y cambio, desentrañarlos permitía vislumbrar el futuro: la historia como ciencia del pasado que servía como instrumento de transformación del presente.

Cuando esa idea de la historia se desvaneció, al tiempo que el muro de Berlín se desplomaba, las sólidas estructuras cedieron terreno ante las tramas de significado y los amplios procesos de cambio dejaron paso a la construcción de identidades colectivas: la sociedad como centro de interés fue sustituida por la cultura: género, edad, etnicidad, exclusión, pueblos colonizados, identidades nacionales. Se comenzó a hablar de una nueva historia cultural, en la que se reservó a la memoria colectiva o social un lugar de privilegio. Muy pronto, el borrado de la divisoria entre objetividad y subjetividad, historia y poesía, se tradujo en un permanente flujo entre historia, antropología, literatura, memoria, cultura en fin, a la espera de liquidar la diferencia entre historia y ficción, a la manera del siglo XIX, cuando la historia todavía no había reivindicado para sus cultivadores un estatuto científico.

Aquí hemos vivido estos procesos de manera muy singular. Herederos del gran relato del fracaso de España – fracaso industrial, fracaso de la burguesía, fracaso como nación, fracaso como Estado- la consolidación de la democracia y la entrada en Europa indujeron a repensar la historia en otros términos, como una variante más de la historia europea. Los historiadores económicos fueron los primeros en verlo y en empujar en esa dirección; luego, su mirada contaminó, por así decir, a la historia social y a la política e inundó a la historia de la cultura entendida como historia de productos culturales. Vista en un tiempo largo, la historia de España era, con sus variantes, parte de la historia de Europa: tal fue el marco en que la generación ahora superviviente comenzó a repensar el pasado y escribir la historia de la economía, la sociedad, la política, la cultura –así, por niveles-españolas.

Fue un tiempo en que sociología, ciencia política e historia establecieron relaciones de buena vecindad, con tráfico en todas direcciones, para documentar e interpretar los grandes procesos de los que éramos testigos: fin de la agricultura tradicional, industrialización, urbanización, auge de la clase media, educación universal, secularización, democratización, cultura política, conquista de la ciudadanía, construcción de un Estado de

* Publicado, con otro título, en *Babelia*, *El País*, 22 de enero de 2011.

autonomías, social y democrático de derecho, incorporación a Europa. Esos eran los datos de la experiencia, lo que estaba ocurriendo, pero ¿de dónde venía todo eso? ¿eran los nuestros unos relatos de consolación para ocultar, quitar de la vista, nuestro verdadero origen, la esperanza frustrada de la República, la rebelión militar, la guerra civil, la derrota, la feroz represión? Franco y la dictadura ¿eran sólo un paréntesis?

Si se miraban las macromagnitudes que los historiadores económicos nos proporcionaban, eso parecía, un desafortunado paréntesis que interrumpió un largo tiempo de crecimiento, lento, sí, pero sostenido: la reconstrucción de las series históricas del PIB, de la renta disponible, de las transformaciones agrarias, de la industrialización y crecimiento de las ciudades obligaban a pensar que los orígenes y el ritmo de nuestros procesos de modernización era más similares a los de la media europea de lo que había supuesto el gran relato del fracaso. Y si se echaba una mirada a lo que escribían los historiadores de la cultura, era evidente que la densidad alcanzada en el primer tercio de nuestro siglo no envidiaba nada a lo ocurrido en Francia o Inglaterra. Era difícil para un historiador de la sociedad o de la política no deslizarse por la rampa que le proponían los historiadores de la economía y de la cultura: la guerra civil, Franco, la dictadura no eran la continuación de la historia de España, eran su gran anomalía.

Este podría ser el estado de espíritu que dominaba al embocar la última década del siglo: una anomalía que por fortuna había quedado superada: ya éramos modernos, ya éramos europeos, lo cual quería decir: la guerra civil y Franco son historia. Pero por serlo, también aquí empezó a hacer de las suyas la crisis de la historia entendida a la vieja usanza, como análisis de estructuras de la sociedad y de procesos de cambio, para poner en su lugar una historia empeñada en la construcción de identidades, en la recuperación de lo local, en la invención de las naciones sin estados: cansancio del gran relato, interés por lo cercano, por lo que había ocurrido a los míos, a mi gente. Y en ese clima, era lógico que la historia que nos conducía a Europa cediera ante la historia que nos llevaba a nuestros pueblos. La pregunta qué ha pasado aquí, al lado, a nuestros vecinos, a nuestros abuelos, sustituyó progresivamente a la pregunta qué ha pasado en la sociedad, en el Estado, en la cultura, en España.

Y fue en este proceso donde adquirió el estatuto de nuevo programa de trabajo la búsqueda de las raíces culturales, aquello que en los años de la transición a la democracia comenzó a llamarse recuperación de las señas de identidad. Con el proceso de consolidación de las autonomías como fondo, de la fenomenal expansión universitaria de las dos últimas décadas del siglo y del fin de los movimientos migratorios internos, por no hablar de la abolición del servicio militar, la mirada de una nueva generación de historiadores se volcó sobre lo más inmediato en el espacio y lo más cercano en el tiempo. En el movimiento de construcción de identidades, o de recuperación de memoria (que es al cabo lo mismo) la pregunta es: ¿qué les pasó a mis abuelos en la guerra? Y para responder, había que regresar a los pueblos, de donde los padres muy probablemente habían emigrado en el gran éxodo de los años sesenta, y preguntar a los viejos del lugar. La memoria, que gracias al giro culturalista había adquirido un valor superior al de la historia en la reconstrucción del pasado, saltó a primer plano.

Es impresionante lo que la historiografía, ya no española, sino andaluza, catalana, valenciana, gallega, manchega, vasca... ha producido durante la última década sobre los años de república, de guerra civil y de represión de posguerra en cada una de nuestras comarcas, provincias, regiones o naciones. Pero la cuestión ya no es el lugar que guerra y dictadura ocupan en el proceso histórico mirado a largo plazo. La cuestión consiste, como se nos emplaza desde todas las esquinas, en traer el pasado al presente con el propósito de que valores que en otro tiempo guiaron a los excluidos, los derrotados y pisoteados por esa historia que de fracaso comenzó a contarse como logro, sirvan de herramientas para la construcción de identidades colectivas previa su asimilación y resignificación en nuevos relatos destinados a alimentar la memoria social.

Bien mirado, nada de qué sorprenderse. La historia como militancia, tan en boga en los años sesenta y setenta, pretendía que conocer el pasado era un instrumento de transformación del mundo al sacar a la luz sus contradicciones internas. Eso se acabó cuando la carga profética de los relatos históricos hizo agua. Pero algo hay en la pasión por el pasado que resucita una y otra vez esa pretensión y, puesto que la capacidad subversiva de la historia ha naufragado, habrá que trasladarla a la de la memoria. Es lo que defienden hoy los que practican la historia como una parcela de la memoria cultural de los pueblos: recuperar la capacidad de subversión del orden establecido por medio de rituales de memoria como elemento central de la cultura, es decir, por la afirmación ritualizada de que el pasado no pase. En el pasado, no en el futuro, es donde radicaría la fuerza de la negación o de la subversión del presente. Puede sonar a fantasía reaccionaria, a oclusión de futuro, pero ¿quién sabe?